

Nada es oficial en esta ocasión. Ni la Administración educativa española se ha hecho nunca eco de Barbiana ni de su maestro, ni el Grupo Milani es una entidad reglamentada y con carné. Y, sin embargo... aquí se explica.

Don Milani en España

José Luis Corzo
es director de *Educar(NOS)*



BOLETIN DEL
MOVIMIENTO DE
EDUCADORES
MILANIANOS

Nº. 1. Abril-Junio, 1982. Edita M.E.M. Publicación Trimestral. D.L. S.471-1982 - Imprime VARONA



- Saludo
- II Encuentro Español de Pedagogía Milaniana
- Textos Milanianos
- Mural de noticias y anuncios.

Tendría ahora que echar las cuentas con mi aportación hace de hace 17 años, en el primer congreso universitario florentino (1980) promovido por la cátedra de Historia de la Iglesia del profesor Michele Ranchetti, al que fui invitado para explicar *La experiencia pedagógica de don Milani en España* [AA VV, *Don Lorenzo Milani. Atti del convegno di Studi Firenze 1980* (Comune di Firenze, Florencia 1981) 168-176]. Algunas cosas fundamentales han sucedido después entre los españoles, respecto a aquel escenario del primer postfranquismo.

Ahora, sin embargo, no quisiera repetir la narración de mi experiencia personal y pedagógica durante veinte años en la Casa-escuela Santiago uno y en la Escuela Agraria Lorenzo Milani de Salamanca, todavía vivas las dos, y ya muchas veces descritas incluso en Italia.

Sin embargo, quiero detenerme en los cambios sucedidos en España y que afectan a la acogida, o no, de don Milani entre los españoles y a su significado civil y religioso. En docu-

mentación adjunta en la web está la lista (considerable) de libros milanianos publicados en español durante estos cuarenta años.

Me parece importante, al respecto, subrayar tres grandes novedades acaecidas desde Franco hasta hoy:

La primera es que la democracia constitucional (1978) y la europeización de España (1986) están ya consolidadas definitivamente; y los españoles, en pocos años, se han transformado de aislados y pobres emigrantes en Europa, en ricos y festivos receptores de tantos y tantas inmigrantes, sustitutos de la enorme falta de hijos en las nuevas familias juveniles.

La segunda es que la izquierda moderada de Felipe González, en sus trece años de gobierno (octubre 1982 a marzo de 1996), ha realizado una importante reforma escolar con la ley de 1990 (LOGSE), que prolonga la escuela obligatoria desde los 6 hasta los 16 años. Y ha establecido también que las escuelas privadas que lo deseen se puedan financiar por el Estado como escuelas concertadas (desde enero de 1987). Pero, al mismo tiempo, ha aumentado el malestar escolar y legislativo con la tasa de fracaso superior al 30%.

La tercera novedad que, me parece, afecta muy particularmente a este respecto es la transformación de la Iglesia española. Progresista durante la transición política de los años setenta (no lo había sido hasta después del concilio Vaticano II, 1962-65) y cuyo símbolo fue la figura del cardenal Tarancón, a raíz de la secularización, bienestar y descristianización de la sociedad española, se ha desarrollado en ella, y ha vencido dentro de la Iglesia española, un sector conservador y reaccionario.

Pues bien, desde mi punto de vista, es decir, desde una adhesión personal, tanto práctica como teórica, a don Milani desde los años setenta hasta hoy (la Casa escuela se funda en 1971 todavía vivo Franco; la defensa de mi tesis doctoral fue en 1980: *Lorenzo Milani, análisis espiritual y significación pedagógica*), la experiencia y el significado público de don Milani y su escuela tienen en España las siguientes referencias:



1. Se bromea entre nosotros con una frase de la vieja izquierda: “contra Franco se vivía mejor”. Don Milani (que por fuerza geográfica y nacional, jamás ha sido en España una figura muy conocida y pública, como lo es en Italia, ni dentro de la sociedad ni dentro de la Iglesia) ofrecía, frente a la dictadura política y a favor de los pobres y del pueblo, una pedagogía hermosa y extraordinaria. Así que el momento de la transición fue el momento del mayor éxito milaniano, sobre todo, entre los educadores progresistas. No era, sin embargo, el momento de que Milani se convirtiera en una figura de Iglesia, ni siquiera de ruptura dentro de la Iglesia española, porque ya ella tenía sus propios profetas en el territorio, a pesar de que algunos católicos ya le conocían y se referían a veces a él.

Así que la *Carta a una maestra* fue en España durante la transición democrática un soplo de aire fresco del que se enamoraron tantos y tantas estudiantes de Magisterio. Sin embargo, las *Experiencias pastorales*, que traduje y se publicaron por primera vez cuando todavía estaba vivo Franco (1975), se inscribieron más en el circuito pedagógico que en el eclesial (por eso las titulamos: *Maestro y cura de Barbiana* [Marsiega, Madrid 1975]), pero sin alcanzar nunca una gran difusión.

2. Pero el inconveniente ha sido que la reforma escolar del partido socialista, europeo y moderno, ha abortado la renovación pedagógica de base. De lo contrario, tal vez, se habría podido crear un ambiente propicio a la mejor lectura española de la *Carta a una maestra*. También en Italia se oponía a cierta reforma de la escuela obligatoria (allí, de 1962 y aquí de 1970 con la Ley Villar de la EGB), por ser igualitaria hasta los 14 años (aquí con la LOGSE hasta los 16), pero castigar de incógnito a los pobres con un gran fracaso. El caso es que una actitud crítica contra los socialistas en aquel momento hubiera sido más propia de la derecha, que, años después (dic. 2003, LOCE), ha querido en vano hacer su contrarreforma selectiva. Y es que Milani no sólo se encuentra muy mal con la derecha, sino también con una izquierda *progresista* que pierde la ocasión de rescatar la escuela necesaria para los pobres, y no sólo eso.

Antes de la guerra civil (1936-39), la vieja España republicana inició una entusiasta y eficaz reforma educativa a favor de una escolarización total y digna de los muchísimos niños de los campos; apostó por la renovación pedagógica en pro de la Nueva escuela (del socialista Célestin Freinet y de otros pedagogos autóctonos, como Ferrer y Guardia y Giner de los Ríos, la Institución Libre de Ense-

ñanza o las Misiones pedagógicas de García Lorca y otros). Pero Franco detuvo con dureza aquella reforma y muchos maestros republicanos, que ahora se estudian y honran, fueron fusilados. Pues bien, al comienzo de la transición democrática, las Escuelas de verano y los Movimientos de base de los enseñantes españoles se multiplicaron en un festival apasionado por la renovación didáctica de la escuela y, sin embargo, el gobierno socialista los engulló en su propia Reforma culminada con la LOGSE de 1990. ¡Qué pena! Esa reforma y esa ley, verdaderamente importantes para la democratización de los españoles (¡juntos en la misma escuela hasta los 16 años!), dieron por supuesta la igualdad de todos e hicieron “partes iguales entre los desiguales”; trataron a los pobres “como si el mundo fuerais vosotros”, es decir los acomodados; juntos lobos y corderos. Así que, luego, los sucesivos ministros socialistas han tenido que disimular, uno tras otro, el fracaso escolar de tantos.

Nos habría hecho falta una *Carta a la maestra* española, con una estadística como la italiana, para desenmascarar el fraude de una igualdad fingida; (tal estadística se sugiere en el prólogo de las ediciones castellanas de la *Carta* a partir de 1996). Hoy ya los pobres han desaparecido del lenguaje escolar español, cambiados por los diferentes y *diversos*, provenientes de otros países y culturas e insertos en las nuevas aulas de integración y adaptación. Hasta la escuela compensatoria ha cambiado de nombre.

Otro aspecto importante, vinculado al anterior, es que Franco nos regaló otra novedad: favoreció la escuela católica, pero, como dice la constitución italiana, “sin coste para el estado” (aquí, sólo con algunas exenciones fiscales), lo que hizo de la escuela de los religiosos – de los populares escolapios, por ejemplo – una escuela clasista. (No siempre “el clasismo de los ricos se llama interclasismo”; con Franco se llamaba abiertamente “escuela de pago”). En cambio ahora, de nuevo llega el interclasismo con la nueva escuela concertada de los socialistas). Hasta los religiosos y, a veces, los escolapios mismos ¡ay de mí! han cambiado el lenguaje. Ya no se habla de pobres, sino de nuevas pobrezas, como los inmigrantes, hijos monoparentales, discapacitados, etc.). Qué gran ocasión, casi perdida por ahora, para los curas y monjas de la enseñanza, el concierto con las escuelas privadas establecido por Felipe González en 1987, y que afortunadamente ha hecho gratuita la escuela para todos los chicos. Era el momento de acoger en las escuelas promovidas por el Evangelio a los más desprovistos. Tal vez no son tantos como en 1971 cuando se desmantelaba



el agro español y abrimos la Casa-escuela de Salamanca, pero ahora son más evidentes, a costa de los enormes barrios suburbanos y de la enorme inmigración de América Latina, de los países africanos y del Este europeo. Las Barbianas de las que hablaba el P. Balducci hoy ya no están tan lejos, sino en los márgenes de Barcelona, Sevilla o Madrid donde conviven los inmigrantes con los hijos de los españoles más pobres.

Pero, por desgracia, lo que se tenía que comprender del mensaje milaniano no era simplemente la acogida de los pobres en nuestras escuelas, ni la pura transmisión de nuestra palabra, sino la exigencia de ponerlos en condiciones de hablar, tal vez con nuestro vocabulario, pero su propia lengua, es decir, la que brota de su propia perspectiva. “Una cultura nueva que con la otra no tengan nada que ver” (*Experiencias pastorales*, 144). ¿Durante cuánto tiempo podrán conservar los últimos su específica lectura del mundo, si aprenden a leer en nuestros libros de texto y en nuestra televisión? ¿Y no será posible introducir su perspectiva en nuestras escuelas y compartirla con los nuevos españoles, hoy acomodados europeos? La *pedagogía del oprimido* ya está escrita, pero está pendiente —en su misma

línea— la del opresor*. ¿Debe la escuela de Barbiana ser fatalmente una escuela para los chabolistas y para las Barbianas más alejadas? Modestia aparte, creo haber podido demostrar, un poco por lo menos, como varias veces lo ha testimoniado la profesora Adele Corradi, testigo de excepción de la primera Barbiana, que aquella escuela era exportable. Me gustaría ahora que fuera exportable no sólo a los pobres de otros montes Giovi sobre otros valles del Mugello toscano, sino a todos los chicos de esta nueva España, que bajo los gobiernos socialistas de Felipe y de Zapatero crecen con el malestar de un bienestar autoprotegido frente a las pateras, que ya

no pararán de llegar. Y yo no quiero que ésta sea una utopía para los colegios religiosos (que no parece que lo hayan comprendido todavía claramente), sino un programa de gobierno razonable y progresista de las izquierdas, por lo menos.

Por eso me parece tan importante el método de la escritura colectiva de Barbiana, no para obligar a los pobres a usar nuestra lengua, sino para ayudarles a decir sus cosas. ¿Quién ha dicho que aquel método era sólo un truco de Milani para que escribieran los chicos por la mañana lo que él había discurrido por las noches? No fue así en

Salamanca durante 1977-78 cuando escribimos nuestro libro junto a Adele Corradi. Os lo garantizo. Más aún, años después me quedé de piedra cuando preguntando a Enrico y a otros alumnos de Barbiana si también su maestro escribía papeletos para el texto colectivo, me dijeron que sí. Yo me atuve a la tarea de sólo organizar el trabajo común y funcionó. Cuando, después, me reconozco en alguna línea, no me avergüenzo en absoluto. Don Santoro —en Le Piagge de Florencia— ha traducido con sus amigos los *Escritos colectivos de muchachos del pueblo* bajo el título *Ridare la parola* (devolver la palabra, pero no la nuestra).



En los talleres y escuelas de Bolueta (en Bilbao), Roberto, el director, bajo la foto de Barbiana.

Me parece que ésta es la genialidad de don Milani y de su escuela, cuyo culmen lo veo en la escritura colectiva: el método didáctico brota en cada ocasión de la sustancia pedagógica (no ya didáctica). Sin embargo, las reformas actuales, tanto en España como en el mundo latinoamericano (excepto Brasil) por lo que yo sé, no son más que didáctica, es decir, cómo hacer aprender a los chicos. Lo he dicho bien: se proclama el constructivismo significativo en el acto de aprender (el alumno) y, sin embargo, se continúa programándolo y dirigiéndolo. No busco el espontaneísmo, sino salvar



el punto central del aprendizaje: la mediación que ejerce, entre profesor y alumno, la realidad; y no el saber interior del maestro, el que después se programa para el alumno (tal vez con su colaboración). No se ha comprendido ni siquiera a Paulo Freire. Es la realidad actual la que provoca a ambos. He dedicado a sus tres aniversarios (40 años de Milani y 10 de Freire, junto al del fundador de la escuela pública en Europa, Calasanz, nacido hace 450 años en España) mi reciente libro titulado *Educar es otra cosa. Manual alternativo entre Calasanz, Milani y Freire*.

3. El último punto de referencia para comprender a Milani en España, son los católicos, la iglesia jerárquica, los religiosos de los que ya he hablado. El éxito de la publicación (2005) de las *Experiencias pastorales* en la Biblioteca de Autores Cristianos, perteneciente nada menos que a la Conferencia Episcopal Española y muy difundida en América Latina, no me hace olvidar que ahora el camino de la mayoría católica (?) en España es muy distinto. Pero no puedo olvidar tampoco que hasta hoy han sido instituciones y casas editoriales, precisamente católicas, las que más han acogido a don Milani en España (el P. General de los escolapios, Angel Ruiz, y mi universidad Pontificia de Salamanca; así como las editoriales catalanas Nova Terra y Hogar del Libro y, después en Madrid, Marsiega, PPC, Editorial Popular y Acción Cultural Cristiana, hasta la BAC). Por el contrario, no ha sido igual de significativa, ni soñando, la acogida de Milani por el mundo laico. Por ejemplo, la ignorancia de Barbiana en muchas publicaciones de los pedagogos progres más conocidos (también ellos didáctas) irrita (con cierta excepción de *Cuadernos de Pedagogía*). A pesar del gran éxito de Barbiana entre los maestros de las escuelas de verano de la transición, parece que la sotana de don Milani no gusta a los pedagogos ¡ni siquiera dentro de la Iglesia! (Tampoco ahora, que vuelven los vestidos de cura y la mayoría de los nuevos sacerdotes, a olfato, no se fían de don Milani. Y hacen bien). Aquí no se ha producido, como en Italia, la neta dicotomía entre el Milani sacerdote y el Milani educador laico (que tantos admiran). Todo lo más, algunos lectores hispanos de la *Carta a una maestra* no acabaron de percibir que tras ella se hallaba un párroco rural, o no les importó.

La identidad cristiana de don Milani es inexorable y, sin embargo, creo yo, que la clave del rechazo eclesiástico del Milani educador, me parece estar en la secularidad y decidida *aconfesionalidad* de su escuela, queridas ambas expresamente por él.

Pero ¿es posible que todavía no se entienda que el fruto más hermoso de su fe es precisamente esta secularidad, característica de la encarnación de Dios en el hombre? No hay fruto alguno de la fe cristiana que no pueda exponerse en la plaza pública. Ni siquiera me parece legítima la dicotomía italiana con que se lee a un Milani u otro por separado. Se puede comprender, desde luego, a don Milani sin compartir su fe ¡faltaría más! Pero ese es su milagro: dentro de todo lo suyo ella está. Está siempre y su escuela *aconfesional* brota de ella.

Yo sé que algunos católicos españoles, por el contrario, prefieren para sus escuelas una confesionalidad explícita, como suelen hacer cuando justifican sus escuelas como una exigencia de los padres católicos. Peor para ellos. Todo entonces se les vuelve ambiguo entre las manos. Yo, en cambio, pensaba que eran los pobres los que nos pedían una escuela para ellos (como un Evangelio para ellos, Lc 4,18). En otro sitio explico esta peculiaridad teológica de don Milani. Lo hago en la facultad de teología (en el Instituto Superior de Pastoral, como quien dice, lo hago en su nombre en el seminario; como él tanto deseaba). Y me gusta mucho. Tanto cuánto me disgusta tenerlo que explicar todavía a ciertos católicos, tras la teología inevitable de la secularización de D. Bonhoeffer y de tantos otros teólogos, antes y después de la teología de la liberación.

Con razón decía don Lorenzo que “cuando nos afanamos en encontrar a posta la ocasión de meter la fe en la conversación, se demuestra que tenemos poca, que creemos que la fe es algo artificial que se añade a la vida y no, por el contrario, un modo de vivir y de pensar” (*Exp. Past.*, p. 171).

* Aquí no se puede tocar esta tecla delicada sin recordar la bellísima carta de don Milani al escolapio P. Scarsella el 18 de nov. 1965 [COM-Nuovi Tempi 12.6.77]:

“Querido Padre (...) Si me hicieran dar escuela a los hijos de los ricos, objetaría. No se puede dar escuela sin amar y no se puede amar a un muchacho sin amar a su familia y no se puede amar a una familia sin amar su mundo. Pero el mundo de los ricos no se debe amar. Por lo tanto, es preciso objetar antes de enamorarse del primer muchachito hijo de ricos.

De tal forma estoy convencido de esto que le digo, que consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese hecho escuela veinte años a los hijos de los ricos y no se hubiese convertido todavía en un reaccionario. Así como consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese vivido veinte años entre los hijos de los pobres y no se hubiese alineado todavía con ellos hasta el límite extremo consentido por el quinto mandamiento (...).”